

STEFAN ZWEIG

DIARIOS

EDICIÓN DE KNUT BECK

PREFACIO DE
MAURICIO WIESENTHAL

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE TERESA RUIZ ROSAS

BARCELONA 2021



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Tagebücher*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1976 by Atrium Press London
Esta obra ha sido negociada a través de International
Editors'Co. Agencia literaria
© del prefacio, 2021 by Mauricio Wiesenthal González
© de la traducción, 2021 by María Teresa Otilia Ruíz Rosas Cateriano
© de esta edición, 2021 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, página manuscrita de uno de los diarios de Stefan Zweig

ISBN: 978-84-18370-29-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 9841-2021

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2021*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Memorial Zweig</i> , por MAURICIO WIESENTHAL	i
Diario de septiembre de 1912 a primavera de 1914 (París) (10 de septiembre de 1912 – 6 de mayo de 1913; 20-28 de marzo de 1914)	7
Diario del primer año de guerra, 1914 (30 de julio de 1914 – 30 de abril de 1915)	95
Diario del segundo año de guerra, 1915 (1.º de mayo de 1915 – 24 de febrero de 1916)	191
Diario de Suiza (13 de noviembre de 1917 – febrero de 1918)	289
Diario de Suiza (20 de septiembre – 13 de noviembre de 1918)	349
Diario de 1931 (22 de octubre – 6 de diciembre de 1931)	383
Apuntes de Nueva York (17-30 de enero de 1935)	407
Diario del 27 de septiembre de 1935 (Viaje de París a Londres)	431
Viaje a Brasil (8 de agosto – 1.º de septiembre de 1936)	441
Diario de la Segunda Guerra Mundial (1.º de septiembre – 17 de diciembre de 1939)	465
Cuaderno de la guerra, 1940 (22 de mayo – 19 de junio de 1940)	489

<i>Sobre los manuscritos originales</i>	515
<i>Índice de obras de Stefan Zweig</i>	517
<i>Índice onomástico</i>	523

[-] Este símbolo indica una inserción o una anotación al margen en una página del diario.

‡ Este símbolo indica personajes, obras o situaciones sobre los que no ha sido posible encontrar información.

[=] Junto a la fecha apuntada por Zweig, se indica la correcta entre corchetes y precedida del signo igual.

MEMORIAL ZWEIG

Hay obras cuya aparición es una fiesta. Sólo cabe celebrarlas, y más cuando se publican en una editorial que atesora un catálogo nutrido y selecto de clásicos y de grandes autores contemporáneos, como es el caso de Acantilado: referencia fundamental en la bibliografía de Stefan Zweig.

Además de su obra genial como narrador, celador de la memoria de nuestros maestros, pensador libre, guía excepcional de la cultura, degustador de la vida y cautivador ensayista, nadie ha superado a Zweig en la tarea de interpretar la historia de Europa en la primera mitad del siglo xx, porque sus obras autobiográficas (memorias, monografías y estos *Diarios* que ofrecemos ahora en lengua española) no sólo nos cuentan lo sucedido, sino que además *nos permiten compartirlo*.

Desde su creación, Acantilado se propuso el difícil reto de recuperar la obra de Zweig, dotándola de renovada presencia y apoyándola en mayor rigor crítico para beneficio de los bibliófilos y disfrute de los lectores. Hemos celebrado así la aparición de tantas obras famosas o incluso inéditas del gran maestro europeo, en un caudaloso río que sigue y seguirá fluyendo—pues nuestro autor fue prolífico—en versiones fieles, corregidas y revisadas, ofrecidas en traducciones magistrales, y acompañadas de anotaciones y estudios que nos descubren secretos inesperados de la obra y la vida de su autor.

Stefan Zweig, el humanista, el descubridor de vidas olvidadas, el poeta de Europa, el luchador de la libertad, el maestro de la memoria de nuestra cultura y el faro de tantas generaciones que tenemos con él una deuda impagable, fue el último creador de mitos en una época donde todavía se podía ocultar—no ignorar—una parte de la realidad: una tarea ho-

mérica que hemos perdido en este tiempo decadente, sometido a la violencia dogmática y chulesca de unos ignorantes que pretenden saberlo todo. Se pierde así la sabia cautela de embellecer y humanizar las cosas y los hechos, olvidando que las vidas necesitan ser amparadas y las verdades requieren sereno reposo en el consuelo del espíritu, en la literatura, en el arte y en la belleza. La filosofía es búsqueda aplicada, curiosa, anhelante y sensible de la realidad, y los antiguos griegos nos enseñaron a perseguir ese desvelo (ellos lo llamaban *alétheia*). Aprendí en Zweig el gusto por estas palabras que tienen en un idioma muchos niveles de interpretación porque crean «veladuras» (sigamos poniendo velos) y son más artísticas y literarias, como este término *desvelo* que puede significar lo mismo ‘insomnio’ que ‘anhelo’, o también ‘atención’ y ‘acto de quitar un velo’ (*desvelar*). Por eso la sabiduría decae y desfallece en épocas como la nuestra, atolondrada y soberbia, en la que unos corsarios sin ley creen posible conquistar el cielo arrancando los velos y asaltando a los dioses, y especialmente a las diosas, porque son las mujeres quienes guardaron y sublimaron el poder de los velos (urdimbres y tramas, luces y sombras, lunas y estrellas).

De una guisa más brutal y cruda fueron siempre los bárbaros: matones que destruían todo lo civilizado porque eran incapaces de entender que el misterio y el mito deben celarse en seguro templo, e ignoraban que el respeto de lo bello no debe ser violado, aun cuando los seres humanos—los hijos de Prometeo—conozcamos una verdad más blasfema y ardiente y sepamos dónde está el fuego.

Los pueblos cultos de la Antigüedad sabían, por el contrario, que la cultura, el culto y el arte exigen también ficción, y por esa razón—pura razón—una diosa seguía siendo virgen, aunque un bruto como Vulcano presumiese de acostarse con ella. La vida tiende al pudor, condición que es incluso visible en el estudio de la naturaleza, en las más bellas estructuras cristalográficas (escondidas en honda mina), en los ritos

de exhibición animales que muestran el buche o la pluma y juegan la danza—dilatando el momento del sexo—y en las formas nucleares de la biología, protegidas por membranas y fluidos de forma que se protegen con una armonía de presiones y tensiones.

A la «era de la sospecha» que vivió Zweig ha seguido en el siglo XXI el tiempo del derribo, la denuncia y la acusación. No puede revelarse ninguna sabiduría ni belleza en la violencia y la violación, porque el placer de descubrir exige traspasar con vigilancia el manto del amor (*filo-sofía*), el velo de la piedad, la gasa de la clemencia y la materia del vestido con todos sus adornos, cortes, encajes y brillos. Desvestir no es desnudar. Se necesita un conocimiento universal de la cultura para situar a los hombres y los hechos en su entorno, valorándolos en todas sus dimensiones.

Para entender a un autor tan complejo—pese a la aparente sencillez del estilo de Zweig, que forma parte de sus modales de cortesía—se necesita conocer ampliamente su obra, pues escribió sobre temas muy variados que reclaman amplia curiosidad intelectual y buena formación cultural en el lector.

La primera cúpula de este «Memorial Zweig» que levantó Acantilado fue la definitiva edición en español de *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. La habían precedido ya varias obras de Zweig y seguirían muchas otras, contando también con estudios colaterales, correspondencia y testimonios de sus amigos, pues la idea de construir conjuntos culturales coherentes—una Biblioteca para grandes lectores, bibliófilos y estudiosos—ha sido uno de los valores distintivos de la editorial.

Se culmina hoy una etapa fundamental en la construcción del «Memorial Zweig» al publicar en lengua española los *Diarios* del autor: un tesoro que, tras años de traducción, documentación y trabajo, constituye otra de las torres de este monumento. Gracias a un equipo selecto se ha logrado llevar a término la valiosa tarea. Y es justo decir que ningún lector en

lengua española puede hoy conocer rigurosamente a Zweig sin acceder a este gran memorial.

Mejor que con palabras cabría acompañar con música estos *Diarios* (un *kadish* funeral, siendo Zweig judío), o un cortejo que proclamase la única *verdad* humanista: «¡Ha vivido, ha vivido!», como gritaban los antiguos griegos en los entierros de sus héroes. Más allá del respeto—forma irrefutable de la poesía—, acepto el honroso papel de último escolta en la edición de estos *Diarios*, sólo porque así me es dado acompañar a los que quieran seguir sus huellas. Es muy curiosa y reveladora «la lectura a la inversa» de unos *Diarios*. Lo importante para el lector es llegar a conocer bien al autor, y tanto vale encontrarlo de ida como de vuelta.

El diario nos otorga un privilegio cuando nos permite situarnos junto al autor y seguir el cauce de su vida. El ensayo biográfico, la literatura epistolar, la autobiografía y las memorias no ofrecen esta prebenda ni este provecho, ya que nos lo dan todo interpretado, seleccionado, armado y vertebrado, digerido y filtrado por el autor. En suma, los *Diarios* ofrecen mayor juego y disfrute, más campo de intriga, más posibilidades de descubrimiento, mayores opciones de interacción en la lectura y muy variada diversión para el lector que puede participar en la trama. Hasta las notas que acompañan al texto en este magistral trabajo de edición son divertidas y sustanciosas. Cada detalle nos permite adivinar, predecir y pensar el transcurso de una vida, sabiendo ya el desenlace que no conocía el propio autor. Conocemos incluso los nombres de los «asesinos» en este *thriller* vertiginoso y escalofriante de la vida de Zweig. ¡Magnífico y genial *spoiler*, como dirían hoy los aficionados al cine!

Uno de los encantamientos que ofrecen los libros es que tienen una lectura diferente en cada tiempo, según las épocas y la hora en que los aborda el lector. Los *Diarios* de Zweig

son para nosotros más interesantes en este momento del siglo XXI que cuando el autor los escribió desde 1902 a 1940. Hoy pueden leerse como un viaje al pasado, y eso los hace novelescos, curiosos, entretenidos y tan reveladores. Pueden ofrecer un disfrute maravilloso a quienes hayan leído *El mundo de ayer*, las *Cartas* de Joseph Roth, la *Correspondencia* de Friderike Zweig, y conozcan la vida y la obra del autor. Los lectores podrán compartir activamente la lectura de estas páginas—igual que el coro de la tragedia griega recitaba sus advertencias y lamentos a medida que se desarrollaba el drama—, observando cómo nuestro personaje se dirige inexorablemente hacia su *fatum*.

¿Cómo un hombre nacido en un tiempo feliz, y en una familia privilegiada por la fortuna, pudo perderse en un final tan dramático? Pero también, ¿cómo un carácter tan tímido y pesimista fue capaz de ser el nudo de relación de tantos seres humanos, creando un culto a la amistad y a la lealtad como el que unió a los amigos de Zweig? Y ¿hasta qué punto las circunstancias adversas y los vientos contrarios no son los que empujan precisamente el ánimo de los grandes navegantes y de los adelantados de la ciencia y de la cultura, a los que Zweig dedicó tanta atención y páginas deslumbrantes?

En estos *Diarios sentimos* cómo el avance del sectarismo y de la razón fanática (tan terrible es la razón encadenada como el delirio del loco) iba acorralando y flagelando a este escritor humanista que intentaba crear *contra su tiempo* una obra sublime de tolerancia y comprensión, continuadora del testamento que nos legaron sus maestros Erasmo y Montaigne. El estruendo de su propio tiempo—gritos autoritarios, pronunciamientos, camisas negras, banderas rojas, cruces gamadas y bombardeos—le obligó a levantar a veces su tono, de natural sensato y moderado, hasta el manifiesto más enérgico, como había hecho ya en su *Más allá de la contienda* su amigo Romain Rolland. Hay que comprender que en ese vendaval de locura no había trinchera ni tregua: ni las vícti-

mas podían escapar de los verdugos, ni los libros se salvaban de las hogueras, ni las catedrales más nobles y hermosas del Viejo Continente se libraban de los bombardeos.

Los lectores más fieles de Zweig que han leído y releído *El mundo de ayer* no sólo conocen ya su destino y su fin, sino que lo han acompañado en sus lúcidas opiniones, en su lucha humanista, en sus evocaciones de los escenarios felices que contemplaba con romántica melancolía, y también en sus tenebrosas inquietudes de profeta *jeremíaco* que—desgraciadamente—siempre acertaba.

Las memorias y los *Diarios* de Zweig tienen precisamente el valor de que no son un simple relato descriptivo, sino también un retrato de su época: un cuadro pintado con la subjetividad y la pasión de un artista, pero también con la autoridad de un intérprete que vivió en primera línea los acontecimientos. Sus libros no podían estar escritos de otra manera, porque siendo un humanista no fue un *sadhu* pacifista y contemplativo, sino un hombre de combate—declarado enemigo de la violencia—y un sublime escritor dotado de fulgurante curiosidad y cultura.

Las páginas autobiográficas de Zweig nos seducen siempre con su pasión y su energía narrativa, pues ofrecen una visión original de su tiempo que hoy nos parece más actual que cualquier versión escolástica. No pretenden ser tarea erudita de un historiador oficial, y eso precisamente salva y enaltece su valor literario, las libera de las opiniones políticamente correctas que atan a los burócratas de la cultura, las enriquece con su *pathos* artístico y las integra, por derecho propio, en el género *ensayo*. Montaigne y Chateaubriand ilustraron brillantemente ese mismo estilo de escribir unas «memorias ensayadas».

Stefan Zweig escribió «en el pórtico de los gentiles» y esa independencia (no se olvide que la idea obsesiva que guía su vida es la búsqueda de su libertad) le permitió ser un excelente biógrafo—escándalo a veces de eruditos y clérigos—por-

que sabía, como nadie, revelar a sus personajes desde un tono literario y artístico, sin renunciar al rigor que debe exigirse a un género que no está basado en la fantasía sino en la crónica bien documentada de una vida en su espacio y en su tiempo.

Hemos dicho que Zweig, como los antiguos maestros griegos, gustaba de mezclarse con su auditorio y con sus discípulos, pero, en su tono y en su estilo, va siempre vestido con la toga de la cultura y con su bastón de peregrino. Nada más propio de un peregrino que escribir unos *Diarios*. La palabra *día* tiene variados sinónimos en la lengua española y significa lo mismo ‘jornada’ que ‘camino’ y ‘viaje’. Por eso me gustaría que el lector recapacite al acabar—o al empezar—la lectura de estos *Diarios*, y se pregunte si este libro no podría definirse como un fabuloso *camino* que se extiende por la segunda mitad de la vida de Zweig y nos ofrece distintos paisajes; tantas historias y experiencias como el más apasionante de los viajes, ya que el autor era además un gran viajero.

En contante y sonante castellano se llamaba *dieta* al ‘camino que puede andarse en un día’. Y, aún, seguimos llamando *dieta* al estipendio que se cobra para los gastos de viaje. Pero, con el tiempo, la palabra *dieta*, arrinconada en el cofre de los arcaísmos, fue sustituida por el italianismo *jornada*, del toscano *giornata* y, este vocablo a su vez, de *giorno* (*día*). «El salir de la posada es la mayor jornada», leemos en el *Tesoro* de Alonso de Covarrubias. Era un proverbio usual entre los españoles del Siglo de Oro que sabían bien lo difícil que es partir y los compromisos y excusas que nos cortan las alas cuando queremos librarnos de las limitaciones del localismo y de sus patios de vecinos. Estos *Diarios* de apasionante y aleccionadora lectura están escritos por un hombre que tuvo el valor de asumir los riesgos y costes de su viaje, sus jornadas y sus dietas. Por eso su vida fue tan rica en experiencia y le permitió crear una obra maestra más auténtica e in-

teresa que las «lecciones» de esos desagradables moralistas que sermonean virtudes de forma hipócrita y condenan los errores ajenos sin haber salido de sus prejuicios locales.

Un diario es un itinerario, o también lo que los antiguos griegos llamaban un *método* (*métodos*, ‘camino para progresar’). Para todos aquellos que quieren iniciarse en una sabiduría honda no hay mejor método que andar la vida—ordenada en etapas—y eso precisamente es la esencia de un diario y la experiencia que nos ofrece esta obra, meticulosa recopilación de los cuadernos donde Stefan Zweig dejó el testimonio de sus gestas y sus andanzas (¡qué oportuna suena aquí la referencia quijotesca!).

No podemos soslayar la referencia al lenguaje profético y bíblico al adentrarnos en los *Diarios* de Stefan Zweig, descendiente de judíos austríacos e italianos. Uno de los aspectos característicos de su estilo y de su literatura es precisamente la fuerza que adquieren en su obra los símbolos. Cada palabra que, en cualquier otro autor, podría tener sólo un significado utilitario—sometida a una definición de léxico y limitada por un discurso racionalista—, alcanza en su pluma una reverberación moral. Este descendiente de hebreos, educado en la memoria y en la nostalgia de la diáspora, puede pasar así del tono poético y místico del Cantar de los Cantares a las descripciones novelescas del Éxodo o a los comentarios minuciosos y obsesivos del Levítico, pero siempre lo que dice tiene diferentes niveles de lectura, y el último y superior de esos grados es mágico. De ahí que el lector deba andar con cautela en esta rutina aparente de las jornadas de los *Diarios*, no sea que se le escape un mensaje que el autor esconde intencionadamente en un tono sencillo. Hasta las vidas de sus personajes—a veces unos amigos en conversación—aparecen interpretadas en su significado más apocalíptico y universal, igual que ocurre en la Biblia, de forma que una reina,

un delator, un asesino, un descubridor, un poeta, un sabio, un cobarde o un amante no son sólo personajes de una hora y una escena, sino signos y señales de la historia de la humanidad. Una frase cualquiera se puede leer siempre a la luz de una revelación profética, y por eso la obra de Stefan Zweig tiene ese valor único de narrar el mundo de ayer y aparecer como una revelación en el mundo de hoy o de mañana.

También hay que decir que los amigos de Zweig no son *cualquier cosa* (ningún ser humano, oscuro o célebre, bueno o malo, es cualquier cosa) y por estas páginas pasan nombres y vidas inolvidables, como Richard Strauss, Romain Rolland, Émile Verhaeren, Rainer Maria Rilke, Hermann Bahr, Hugo von Hofmannsthal, Jakob Wassermann, Alma Mahler, Franz Werfel, Arthur Schnitzler, Arturo Toscanini, Sigmund Freud, Bruno Walter y tantos otros; grandes músicos, directores de orquesta, escritores, bibliotecarios, anticuarios y libreros, directores de escena, actrices, todos ellos descritos en su entorno íntimo y familiar, sin pedantería ni pretensión académica, sino sorprendidos en la fabulosa comedia de costumbres de la vida diaria. Y el lector echará probablemente de menos la presencia de otros personajes: Paul Valéry, Maksim Gorki, Julien Cain o René Fülöp-Miller, a los que Zweig trató y conservó dentro de su círculo más cercano y querido. Algunos amigos tan importantes, como Joseph Roth o Ernst Toller, apenas reciben aquí una cita necrológica. Desaparecieron de esta pintura intimista que tiene una luz hogareña de maestro flamenco, aun cuando todos ellos están bien presentes en el escenario más dramático y teatral de *El mundo de ayer*.

Al acompañar y celebrar la edición de estos *Diarios* de Stefan Zweig, no puedo dejar de rememorar los largos y difíciles itinerarios que recorrí, desde que era un muchacho, para conocer a los amigos que habían sobrevivido a mi maestro

y que podían darme noticias suyas y facilitarme direcciones que me permitieran seguir sus huellas. Hoy podría llamarlas «Peregrinaciones en busca de los santos de mi calendario», como le gustaba decir a Zweig, repitiendo una expresión de nuestro común amigo Jules Romains. No olvido el pueblecito del Valle del Loira donde este autor hoy olvidado— aunque bien recordado en estos *Diarios*—había escrito *Los hombres de buena voluntad* y otros ensayos y novelas. Cuando llegué a conocerle ya tan sólo escribía artículos, pero ofrecía a sus huéspedes los vinos de sus viñedos, blancos ligeros y perfumados que olían como el albaricoque y que, en las añadas más ácidas o descarnadas, yo me esforzaba en comparar con el perfume limpio de los limones.

La trama de los amigos de Zweig era como un firmamento estrellado donde uno podía perderse en un sueño cósmico. Aquí tiene el lector esos nombres, aunque ya no pueda sentir su voz. Recuerdo los ratos inolvidables que pasé con Richard Friedenthal, compañero de las últimas horas de Zweig, y «heredero literario» de parte de su legado, pues acabó como pudo la incompleta versión de *Balzac* que dejó Zweig al morir, y editó algunos originales de estos *Diarios*. Con él pude evocar y conocer detalles significativos de los días del exilio de Stefan y de Lotte, su segunda mujer. ¡Tantos viajes y encuentros quizá expliquen por qué ahora las páginas de estos *Diarios* me parecen un paseo por las sombras y no de la mano de Virgilio ni de Beatrice, sino de Stefan Zweig!

Con Anna Freud—en su acogedora casa londinense de Maresfield Gardens, 30, tan llena de la presencia de su padre—compartí no pocos recuerdos de la relación entre el doctor Sigmund Freud y Zweig, amistad que fue en un principio distante y difícil, hasta convertirse en la relación fiel de exiliados que unió a los dos en Inglaterra. *Allien enemy*, se leía en el salvoconducto que les permitía vivir, en continuo estado de alarma y sospecha, como «enemigos extranjeros». Anna me enseñó los libros que le había dedicado Lou Salo-

mé, a la vez que me dio datos muy personales que me ayudaron luego al escribir mi biografía de Rilke y enriquecerla con datos muy inéditos (*Rainer Maria Rilke. El vidente y lo oculto*, Barcelona, Acantilado, 2015).

Era sólo un muchacho de veintitrés años cuando viajé a Berlín para poder entrevistar a Ernst Feder, el escritor socialista que estaba entonces muy olvidado. Con él pude hablar de los tiempos que vivió en Petrópolis y de las partidas de ajedrez que jugaba en la veranda de la casa, en la *rua* Gonçalves Dias, 34. Se les hacía de noche y, muchas veces, Zweig y Lotte acompañaban al matrimonio Feder hasta su vivienda. Fue Ernst Feder quien me contó cómo Zweig pudo haberse refugiado en Colombia en aquellos años difíciles del exilio, cuando no se sabía si el gobierno de Brasil tomaría el derrotero de los nazis en los vaivenes de la política endiablada. Quizá la decisión de quedarse encerrado en el jardín mágico de Petrópolis propició su final dramático y el de su pareja que le acompañó en el último viaje. Muchas veces he pensado que las razones de su muerte trágica formaban parte de ese azar que los griegos llamaban la *moira* y el *kairós*: el hado y el destino inescrutable de los seres humanos.

Pero, entre las cartas que Zweig recibió en sus últimos días, Feder me habló de una que me conmovió. Se la enviaba Germán Arciniegas, un amigo colombiano al que había conocido en un viaje a América: uno de los más grandes humanistas que ha dado la cultura latinoamericana. Stefan Zweig quedó fascinado por el mundo mágico de Arciniegas y por su forma de narrar, humanista y culta, pero no desencantada al modo europeo, sino brillante y seductora como la de los grandes escritores de América. Inmediatamente, se sintieron atraídos el uno por el otro, porque compartían los mismos héroes, como Montaigne, Magallanes o Américo Vespucio. Arciniegas, que tenía entonces cuarenta años, hablaba con tiempos verbales activos y futuros, o con proposiciones perifrásticas: «va a ser», «llegará a ser», «tendrá que ser», «ha-

brá de ser»... Era un hombre lleno de voluntad y esperanza. Y Zweig hablaba sólo en pasiva, en condicional y en pretérito. Tenía sesenta años y pocas fuerzas para proseguir un camino que, en aquel momento, era tan duro para un escritor europeo: liberal, humanista y, además, de origen judío. Nuestra Europa comenzaba ya a ser sólo pasado.

Rebelándose contra el imperialismo y la colonización anglosajona, Arciniegas defendía la identidad de la cultura hispanoamericana. Los latinos no podemos resolver nuestros problemas con los reglamentos pragmáticos de las instituciones germánicas o anglosajonas. Necesitamos ofrecer a nuestros pueblos un proyecto mágico y moral, proponiéndoles ideales que les despierten el *pathos* individual y social: entusiasmo, fascinación y fe. Ésa es justamente la herencia que la cultura europea recibió de la antigua escuela clásica, griega y latina: ideas que sobrevivieron en Europa hasta que el racionalismo y el materialismo socavaron los fundamentos idealistas de nuestra tradición. Germán de Arciniegas acababa de ser nombrado Ministro de Educación de Colombia. Y, en su carta, le ofrecía a Zweig la hospitalidad de iniciar una nueva vida en su país: un pueblo libre y culto, entre gente amiga.

Años más tarde me invitaron a pronunciar una charla en la Feria del Libro de Bogotá y se me ocurrió comenzar evocando esta historia. Fue entonces cuando, en medio del auditorio, se levantó un joven, se adelantó hacia el estrado donde yo hablaba—provocando mi desconcierto, pues pensé que había ofendido a alguien—y me dijo: «¡Profesor!, soy un discípulo de Don Germán de Arciniegas, estuve junto al lecho de muerte de mi maestro cuando falleció hace pocos años y debo darle un abrazo por habernos traído a Colombia la memoria de unos hechos que desconocíamos y pueden enorgullecernos, porque somos un país hospitalario, nos alegramos de que un colombiano tendiese una mano a un hombre perseguido y acorralado, y nada nos hubiera honrado más que dar asilo entre nosotros a Stefan Zweig, el gran humanista».

Y comprended por qué evoco con emoción este tema al comentar la nueva edición de los *Diarios*. Estas páginas se detienen en 1942, justo al borde del abismo de los últimos años de Zweig, quien ya no tuvo fuerzas para aceptar la invitación de Arciniegas. Pero puedo deciros que, la última noche que apagó la luz en su veranda de Petrópolis, antes de dejarnos para siempre, le dijo a su mujer y a su amigo Feder, con quien acababa de jugar una partida de ajedrez: «¿No deberíamos aceptar la invitación de Germán de Arciniegas y visitar Colombia?». Su mujer, Lotte, ya enferma y cansada, le dijo que no. Era una maravillosa noche de verano. Y así desapareció para siempre en las estrellas. Las mariposas grandes, con su vestido de Carnaval, volaban en la noche brasileña buscando una mañana nueva.

La enorme red de las estrellas que encontré siguiendo a mi maestro no se acaba aquí ni podría describirla en mil años de memoria, porque es inmensa como la noche de las mariposas brasileñas. Conservo también las cartas de Marshall A. Best, la primera de ellas fechada en 1972, cuando era el editor de Viking Press en Nueva York. En esas páginas ya amarillentas, escritas a máquina, me relata su visita a Zweig en Salzburgo, («la sensación de estar ante un hombre sabio y de carácter encantador») y sus recuerdos de la vivienda del Kapuzinerberg («casa de piedra oscura entre abetos, meditativa y sombría»). Sin duda, él mismo lo reconocía, me escribía ya influido por el destino final de Zweig, y no contemplaba la alegría de las pinturas murales, de las colecciones de autógrafos, de los recuerdos maravillosos (entre ellos el escritorio que había pertenecido a Beethoven) que poblaban aquella vivienda monacal, construida, eso sí, al final de un angustioso vía crucis y a la sombra de un convento.

En una de sus cartas este inolvidable amigo norteamericano, Marshall A. Best, me adjuntó lo que para mí fue un tesoro: unas notas personales sobre Benjamin Huebsch, editor también de James Joyce y de D. H. Lawrence, con valiosos deta-

lles sobre su amistad con Stefan Zweig, ya que incluso intervino personalmente en la traducción y primera edición de *El mundo de ayer* para Viking Press de 1943. Además, Ben tradujo otras obras del maestro vienés, y este dato no es conocido en el mundo anglosajón, porque era un hombre muy modesto y no quiso poner su firma. La figura de Huebsch aparece citada varias veces en estos *Diarios*, pues Zweig mantuvo con él una larga amistad.

Cuando fui a Nueva York a ponerme en contacto con Marshall Best llevaba mi agenda tan repleta de nombres y direcciones que me sentía como un mensajero de Zweig. Mi inolvidable amigo rumano Eugen Relgis, que entonces vivía exiliado en Uruguay, formaba parte de esa «red Zweig», ya que nuestro autor le había prologado en 1939 su primera novela *Mirón el sordo*. Era un prodigio de lealtad a sus amigos, y gracias a él encontré muchas rutas de peregrinación hacia los maestros que luego fui compartiendo en mi obra. Me guio para que visitase las casas de Romain Rolland y de Paul Biřukov (el que fuera secretario de Tolstói, también citado en estos *Diarios*), que habían vivido casi vecinos en el lago Lemán, y me dio una prodigiosa lista de direcciones tolstoianas. Las puso en mis manos ceremoniosamente como un legado sagrado y secreto, y así conservo toda su obra dedicada con su letra menuda y algunas de las cartas donde proclamaba sus ideales pacifistas, internacionalistas y anarquistas, que en un hombre de su bondad podían ser candorosos o ingenuos, pero no contradictorios.

El recuerdo de Romain Rolland y de los amigos y discípulos tolstoianos se unió así a mi peregrinación. La red de las estrellas volvía a lucir en mi firmamento. Aprovechando que viajaba a Nueva York para ver a Marshall A. Best localicé a Alexandra («Sacha») Tolstaia, la hija del gran escritor. Ella, la única que había acompañado a su padre en la «fuga de Astapovo» (otro tema dramático y estelar de Zweig) y había dirigido el Museo de Yásnaia Poliana, antes de exiliarse a Esta-

dos Unidos. Vivía en Valley Cottage y había creado la Tolstoi Foundation, donde hizo tantas obras humanitarias con refugiados y, especialmente, con niños. Había sido una hija rebelde con su madre porque era conflictiva para la educación de su tiempo (era homosexual), pero fue en realidad un alma libre y pura como su padre. Se había convertido con los años en una abuela *demasiado rusa*: capaz de regañar con ideas carcas y un poco reaccionarias a los mismos jóvenes desorientados a los que amparaba y protegía. Todo era en ella Tolstói. Pero era maravilloso escuchar sus palabras de *bábushka* ('abuela rusa') cuando nunca decía *exilio* (*exile* en inglés), sino *destierro* en español (¡qué voz tan material, tan humilde y tan expresiva del desarraigo más cruel que puede tener una vida!). Yo le respondía *izgnanye*, pero ella volvía a la palabra española y la pronunciaba con un sentimiento especial (*des-tierro*) porque dejó su alma en un *claro luminoso* (Yásnaia Poliana significa eso) del bosque mágico de Zakaz donde, bajo un túmulo de hierba y tierra, hojarasca y ramas, está enterrado su padre.

Los amigos de Zweig me habían conducido hasta allí—quizá alguno de ellos tenía una deuda con Sacha, porque no la había secundado en su valiente denuncia de los crímenes que Stalin estaba cometiendo contra el pueblo ruso—, y cuando leo ahora los *Diarios* de mi maestro veo que todos los rodeos y los días, las jornadas y las dietas, son itinerarios mágicos. Con Alexandra Tolstaia pude hablar de Yásnaia Poliana y comentar las cosas geniales que Stefan Zweig había escrito sobre Tolstói, pues el gran maestro austríaco había sido además el representante de su país en los actos que se celebraron en Moscú en 1928 para conmemorar el centenario del profeta y novelista ruso. No quiero cansar al lector con mis recuerdos, pero los ofrezco como ejemplo de qué importante es la lectura de los *Diarios* y las memorias de un autor, y cómo esta curiosidad puede devolver un tesoro de aventuras, azares, conocimientos y experiencias a un joven con vocación de estudio y aprendizaje.